

CAPÍTULO I

LA UNIVERSIDAD NACIONAL ARTURO JAURETCHE

Carolina González Velasco¹

La Argentina posee un complejo y extenso sistema de instituciones universitarias nacionales. Hoy en día, el país cuenta con 130 instituciones: 19 institutos universitarios, 57 universidades nacionales, 49 privadas, 4 provinciales y 1 extranjera. Según se informa en los documentos estadísticos de la Secretaría de Política Universitaria (SPU), para 2015 la matrícula universitaria del país llegaba casi a los 2 millones de estudiantes.

Visto desde una perspectiva histórica, puede considerarse que dicho sistema se inició en 1613 con la creación de la Universidad de Córdoba. Desde ese momento y hasta el presente, el sistema creció de manera dispar, por momento respondiendo a demandas de determinada región o de alguna corporación, en otros casos, a partir de iniciativas del estado. Esto llevó a que, en principio las universidades, se repartieran de manera irregular en el territorio nacional. En los últimos 10 años el sistema ha experimentado una profunda modificación cuantitativa y cualitativa: de las 130 instituciones que hoy funcionan, 32 (entre universidades e institutos, públicos y privados) fueron creadas entre 2006-2016. Cabe destacar, además, que este proceso de expansión se dio también de manera geográfica, y al día de hoy todas las provincias argentinas cuentan con al menos una universidad nacional. También, interesa notar que varias de esas nuevas universidades se construyeron en la región que se conoce como conurbano bonaerense, una franja territorial que rodea a la capital federal, Buenos Aires, que incluye más de 30 distritos y concentra una población de cerca de 14 millones de habitantes (la población total del país llega a 40 millones de habitantes).

La Universidad Nacional Arturo Jauretche (UNAJ), creada en 2009, es una de estas nuevas universidades del conurbano. En las páginas que siguen retomaremos su breve pero intensa historia, para dar cuenta de qué modo el proyecto nació y buscó desarrollarse planteando la calidad, la inclusión y la pertinencia como coordenadas para su construcción y cuáles son hoy, dada su marca de origen, algunos de sus desafíos.

¹ Profesora asociada, investigadora y coordinadora de la materia Problemas de Historia Argentina en la Universidad Nacional Arturo Jauretche e Investigadora Adjunta CONICET. Directora del Instituto de Estudios Iniciales de la UNAJ.

Algunos datos de la UNAJ hoy

La UNAJ fue creada por Ley del Congreso de la Nación a fines de 2009. Es una institución de educación superior, de carácter público y nacional, con ingreso irrestricto para todos aquellos cumplan con los requisitos formales establecidos en la legislación correspondiente, y gratuita para sus estudiantes dado que cuenta con el financiamiento del estado nacional. Su sede principal se encuentra en el partido de Florencio Varela, un distrito equidistante en unos 30 km de dos de las principales ciudades del país, Buenos Aires y La Plata y con un radio de influencia en los distritos vecinos de Berazategui, Quilmes, Almirante Brown, que incluyen a más de un millón de habitantes.

Las actividades académicas de la Universidad se organizan en cuatro institutos²: Estudios Iniciales, Ingeniería y Agronomía, Ciencias Sociales y Administración, y Ciencias de la Salud. El primero tiene a su cargo la oferta de las materias comunes y obligatorias para todos los ingresantes; los otros tres, nuclean cada uno según su perfil disciplinar, a las carreras de grado y de posgrado. El Centro de Política Educativa, el Centro de Política y Territorio y la Secretaría Económico Financiera se encargan de orientar y gestionar la política institucional de la universidad. Desde 2013 la universidad está normalizada, es decir que cuenta con un gobierno colegiado y electo por los claustros correspondientes. Durante el año 2017 los institutos también fueron normalizados y cuentan con Consejos Consultivos integrados también por representantes de los claustros.

Actualmente, hay más de 20.000 estudiantes regulares, a los cuales se sumarán en 2018 cerca de 8200, resultado de la última inscripción. Cerca de 1200 docentes y unos 300 no docentes trabajan en la universidad, a cargo del dictado de los cursos, como investigadores y/o extensionistas y atendiendo las necesidades administrativas y funcionales de la universidad. Docentes, no docentes y estudiantes están organizados cada uno en su sindicato correspondiente y participan, a través de sus representantes, del Consejo Superior de la Universidad y de los Consejos Consultivos de los Institutos.

En estos años de vida, la UNAJ ha realizado ya tres convocatorias internas para acreditar proyectos de investigación de sus docentes y ha promovido la participación en otras tantas instancias organizadas por entidades del sistema de Ciencia y Técnica Nacional. Ha participado de todas las convocatorias a Proyectos de Extensión y Voluntariado promovidos desde la SPU. Ha firmado más de 80 convenios internacionales con universidades y organizaciones de todos los continentes, que han permitido la movilidad y el intercambio de docentes y estudiantes.

La mayor parte de las actividades de la universidad se desarrollan en un predio de 9 hectáreas, en el cual se levanta un imponente edificio construido en los

² Cabe mencionar aquí que, a diferencia de las universidades más tradicionales, la UNAJ se organizó en torno a Institutos y no a Facultades; los Institutos son las unidades académicas que coordinan las carreras pero también desarrollan las tareas de investigación y vinculación.

años '40, que fue sede de los Laboratorios de Investigación de la petrolera nacional Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF). Luego de su privatización en los '90, el predio y el edificio habían quedado prácticamente abandonados. Afortunadamente, a fines de 2010 el edificio fue cedido a por el gobierno nacional para ser sede de la UNAJ y comenzaron las tareas de reciclado para tal fin. A unas pocas cuadras y lindante a uno de los principales hospitales del país (Hospital de Alta Complejidad Néstor Kirchner) funciona la sede del Instituto de Ciencias de la Salud.

La UNAJ: la construcción de un proyecto

El proyecto de una Universidad en Florencia Varela tenía varios años de existencia antes de que fuera presentado y aprobado en el Congreso. Durante varios años, vecinos y dirigentes políticos y académicos de la zona venían trabajando en su formulación, pese a la mirada crítica de muchos otros colegas que desconfiaban acerca del éxito de un proyecto universitario en esa zona del conurbano. Ese cierto escepticismo provenía, por cierto, de considerar las condiciones sociales y económicas del partido de Florencia Varela.

Como se dijo antes, Florencia Varela forma parte del conurbano bonaerense, también considerado como área metropolitana de Buenos Aires, con estrecha vinculación con los partidos vecinos de Almirante Brown y Berazategui, considerados todos por el INDEC como 'parcialmente urbanizados', dado que conforman un continuum urbano rural.

Florencia Varela posee una superficie de 190 km² que incluyen zonas urbanas (36%), semiurbanas (1,5%), industriales (5%), complementarias (34%), y rurales (23,5%). Esa distribución de las áreas se corresponde con las actividades económicas, entre las cuales la horticultura y la floristería ocupan un importante lugar: Florencia Varela es la zona productora hortícola más importante del gran Buenos Aires con capacidad de generar alimento fresco para la gran concentración poblacional de la capital federal y el conurbano. El peso de las actividades industriales es menor, en relación a esas actividades; no obstante, existe un perfil industrial definido, con desarrollo en la química, la metalmecánica y el frigorífico.

Con respecto a los datos demográficos, según el censo de 2000, la población total del partido era de 348.920, pasando a ser de 423.992 de acuerdo al censo del año 2010 y su promedio de edad es de 25 años. Sobre esa población, los datos estadísticos de la Encuesta permanente de hogares de 2008 arrojan que el 76,9% se encuentra bajo la línea de pobreza y que el 65,3% de la población no cuenta con obra social. También indicaban que Florencia Varela es el partido de más bajo nivel educativo de la provincia de Buenos Aires, sus indicadores en 2001 eran los siguientes: Primaria incompleta 20,98%, y Terciario y Universitario incompleto (14.94%). Solo el 2.20% poseía nivel Terciario y Universitario completo.

Si a priori esos datos generaban incertidumbre acerca del resultado de la creación de una institución de educación superior, también la estadística daba cuenta de que la tasa de crecimiento poblacional era más elevada que la media

del país, y que había también un aumento de las demandas de calificación para los recursos humanos, no solo de Florencia Varela y Berazategui sino también de las localidades que están dentro de su zona de influencia, que son: en Quilmes, las localidades de Quilmes Oeste, San Francisco Solano, Villa de La Florida, y de la zona de Almirante Brown, las localidades de San José, José Mármol, Rafael Calzada, Claypole y Don Orione.

Ese era el diagnóstico sociocultural y educativo en el que se apoyaba la presentación del proyecto de la UNAJ. El ciclo político iniciado en 2003 dio un marco de mayor estímulo para avanzar en su discusión. En efecto, durante esos años, las políticas educativas tuvieron un lugar de relevancia en la agenda de gobierno y permitieron no solo mejorar el presupuesto destinado a la educación y la ciencia en general sino promover una inversión para la creación de nuevas Casas de Altos Estudios. Retomando los párrafos anteriores, de las 56 universidades nacionales del sistema, 18 comenzaron sus actividades (o están a punto de iniciarlas).

No obstante, más allá del inmenso compromiso y trabajo de la comunidad varelense y el apoyo del estado nacional, a comienzos de 2010 la Universidad todavía era un proyecto: era el momento de construirlo en su materialidad, respetando las ideas y valores que lo habían definido.

Con nombre propio

La primera marca a respetar era su nombre, dado que la UNAJ nació con nombre propio. A diferencia de la mayoría de las universidades nacionales que completan su nombre incluyendo el nombre de la ciudad o la región en la cual funcionan (Universidad Nacional de La Plata; Universidad Nacional de Santa Fe; Universidad Nacional del Comahue, por citar solo a algunas), nuestra universidad incorporaba el nombre de una figura clave del pensamiento nacional y popular de la Argentina: Arturo Jauretche.

Difícil es trazar una semblanza breve de Jauretche (1901-1974), porque su figura es, por cierto, una de las más importantes y polémicas de la historia del pensamiento nacional. Fue periodista, intelectual y militante político y siempre estuvo vinculado a los movimientos populares. Más allá de su intensa actividad política, su legado ha quedado plasmado en decenas de textos e intervenciones que dan cuenta de su ideología, su compromiso y su vocación política (Salas, 2015). En ese inmenso corpus, es posible encontrar su visión acerca de lo que debía ser una universidad:

El país necesita una universidad profundamente politizada; que el estudiante sea parte activa de la sociedad y que incorpore a la técnica universitaria la preocupación de las necesidades de la comunidad, el afán de resolverlas, y que, por consecuencia, no vea en la técnica el fin sino el medio para la realización nacional. (Peña Lillo, 1973, en Itchart, Donati, González Velasco, 2017 p. 19)

La figura y el imaginario de Jauretche quedaron así plasmados, en primer lugar, en la definición política que se buscó darle a la Universidad: ¿pero cómo se construye una universidad profundamente politizada?

Una universidad pertinente

Alejada de cualquier idea de ‘torre de cristal’, la UNAJ se planteó claramente como un actor académico pero también político, inscripto en su comunidad y en diálogo con el proyecto nacional en el cual nacía. Esto se corresponde, desde ya, con una concepción más general sobre las instituciones universitarias que reconoce que las universidades forman profesionales y científicos a partir de determinados paradigmas disciplinares que son, también, políticos y que en esa formación disciplinar también se están formando ciudadanos que desempeñarán su profesión u oficio a partir de valores y posiciones políticas.

Por otro lado, la relación con la comunidad y con un proyecto nacional implicaba en lo concreto, definir una oferta de carreras que diera cuenta de ese compromiso: es decir, no se trataba de ofrecer aquello que algunos querían sino de encontrar las vacancias y necesidades de la región y del país. Esto de alguna manera también tensionaba la tradicional idea de la autonomía universitaria, en tanto ordenaba qué se enseñaría a partir de una mirada local y nacional. Así, se optó por planificar carreras que respondieran a una necesidad real, como era, por ejemplo, la demanda de enfermeros y enfermeras en el sistema de salud. Por otro lado, se plantearon carreras vinculadas con el modelo de desarrollo industrial que se promovía a nivel nacional y por tanto se abrieron varias carreras de ingeniería. De alguna manera, estas decisiones daban cuenta de que se asumía un criterio de pertinencia, vinculado en este caso a vacancias y necesidades profesionales del país. La primera oferta de carreras incluyó:

- En el Instituto de Ciencias de la Salud: Licenciatura en Enfermería y Bioquímica.
- En el Instituto de Ciencias Sociales y Administración: Licenciatura en Relaciones del Trabajo, Licenciatura en Gestión Ambiental, Licenciatura en Administración.
- En el Instituto de Ingeniería y Agronomía: Ingeniería Industrial, Ingeniería Electromecánica, -Bioingeniería, Ingeniería en Informática, Tecnicatura Universitaria en Emprendimientos Agropecuarios y Tecnicatura Universitaria en Producción Vegetal Intensiva.

Universidad, ¿para quién?

También el asumir una posición política para la universidad, obligaba a preguntarse de una manera clara por quiénes serían los estudiantes: ¿para quién era la Universidad? Por un lado, reconocíamos historicidad en la respuesta: por

décadas (por no decir por siglos) la universidad se planteó como el espacio de formación de las élites, de los hijos de la clase dominante en sentido amplio, y por tanto como un espacio de reproducción de clase. En ese sentido, por décadas la universidad esperó que sus estudiantes fueran casi iguales a los que siempre habían sido. A lo largo del siglo XX y al compás de los procesos sociales y culturales, esa perspectiva comenzó poco a poco a cambiar. La reforma de 1918 sentó, por cierto, precedente como instancia de apertura para poder recibir a sectores medios; y la experiencia del peronismo, afirmando la gratuidad de la enseñanza universitaria y creando la Universidad Obrera, han sido claves también en ese sentido de transformar los parámetros para definir quiénes podrían ser universitarios.

No obstante, esas transformaciones cuajaron de una manera más efectiva recién en los años '90, cuando comenzaron a abrirse nuevas universidades en zonas tradicionalmente postergadas, como el conurbano bonaerense. La radicación física de la institución es una condición clave: se acerca a los sectores que la necesitan, en vez de esperarlos en los lugares cómodos de las grandes ciudades.

Desde esa lógica también la UNAJ iba en busca de sus estudiantes. Ubicada a poca distancia de tres importantes universidades nacionales (la Universidad de Buenos Aires, la Universidad Nacional de La Plata, la Universidad Nacional de Quilmes), la apuesta era que su ubicación sería clave para convocar a diversos sectores de la zona que, de hecho, no habían podido llegar a las otras instituciones existentes. Por otro lado, los datos demográficos, enunciados más arriba, indicaban que si bien los niveles educativos eran bajos la población estaba en crecimiento y había una expectativa concreta por mejores calificaciones para los habitantes de la región.

La universidad incorporaba la condición de gratuidad y el ingreso irrestricto, así es que más allá de cualquier dato demográfico de la región, las puertas estaban abiertas para todos. No obstante, y considerando la experiencia de otras instituciones, se reconocía que esa respuesta era insatisfactoria y que había varios condicionantes que podían limitar no solo la posibilidad que los aspirantes lleguen a la universidad sino, más aun, que luego se queden y se gradúen.

Algunas universidades y varios especialistas han insistido en que la deserción se vincula con la deficitaria situación con la que los jóvenes egresan de la educación media o con el escaso compromiso que muestran con la construcción del conocimiento o el estudio. Sin negar que esto pueda ser así, lo cierto es que esa explicación termina naturalizando la distancia entre los aspirantes y la universidad, responsabilizando a los primeros y borrando cualquier posibilidad de intervención de parte de la institución.

En función de esa cuestión, por ejemplo, durante los meses de planificación de la Universidad, se trabajó intensamente en replantear los modos del ingreso: asumimos que 'ingresar' no era solo el trámite de inscripción o el inicio de las clases, sino básicamente un proceso, que incluía instancias administrativas pero también aspectos subjetivos que, precisamente, convertían a los aspirantes a la universidad en estudiantes universitarios. Esto obligaba a poner foco en el armado

institucional, más allá de las características que tuvieran los aspirantes: así, se diseñó un tramo de materias comunes y obligatorias, reunidas en lo que se llamó el Ciclo Inicial, para todos los estudiantes, incorporadas en el primer año de los planes de estudio de las carreras, que ofrecieran no solo algunos conocimientos básicos sino también que trabajaran sobre algunas de las herramientas del oficio de ser estudiante. Para estas materias, además, se propuso la edición de una bibliografía específica, elaborada por los propios docentes y diseñada especialmente para los cursos de la UNAJ. Volveremos sobre este punto, en el apartado siguiente.

Junto con eso, se prestó atención a otros aspectos institucionales que, a nuestro criterio, podían incidir en esa primera experiencia de los estudiantes: una oferta de horarios de cursada amplia para contemplar la situación de muchos estudiantes que también trabajaban; la organización de los cursos en aulas pequeñas con pocos estudiantes para favorecer un trabajo más personalizado de los docentes; un sistema de becas de ayuda económica; un sistema de clases de apoyo para algunas materias; un área de Bienestar Estudiantil que incluía un sector de tutorías.

La idea de una universidad inclusiva era, de alguna manera, lo común a esos diseños. Buscábamos que los andamios y estructuras de la institución no se convirtieran en barreras o formaran laberintos, sino mostraran caminos para ser transitados porque entendíamos que la forma de la institución condicionaba la inclusión.

De alguna manera, esos diseños daban cuenta de nuestra concepción sobre la calidad educativa. Tema por demás controvertido, lo cierto es que para nosotros la calidad de la educación no se jugaba sólo en ‘qué íbamos a enseñar sino también ‘cómo’, ‘en qué condiciones’. Por eso, entendíamos que desde el sistema de inscripción hasta las condiciones de infraestructura eran condiciones para definir eso que entendíamos por la calidad. Por supuesto, el perfil de los docentes también era una clave: se optó por convocar a profesionales con calificaciones suficientes pero también con un marcado compromiso con la docencia y con el proyecto universitario.

La UNAJ en marcha: desafíos y transformaciones.

Probablemente, el primer gran desafío que se enfrentó fue el resultado de la primera inscripción: más de 3000 aspirantes. Ese dato se convirtió en un desafío porque durante los meses de planificación y a partir de ciertos estudios, la proyección era que recibiríamos alrededor de 700. El haber superado esa expectativa nos llenó de satisfacción porque ratificaba el interés y la necesidad de una universidad en la región; no obstante, nos ponía en el desafío de reordenar algunas de las previsiones, dado que debíamos recibir a una cohorte cuatro veces mayor de la estimada. Ese primer desafío ha sido, de alguna manera, ‘la madre de todos los desafíos’, porque año a año la matrícula no ha dejado de crecer.

Año	2011	2012	2013	2014	2015	2016	2017	2018
Inscritos	3049	5265	5179	6987	9299	9524	9151	8186

Fuente: SIU Guaraní –Área de Estadística CPE

Si los datos cuantitativos han sorprendido año a año, otro tanto podría decirse sobre el perfil socioeconómico de nuestros estudiantes. Por un lado, se confirmaron algunos de los diagnósticos previos: desde la cohorte 2011 el mayor porcentaje de ingresantes pertenece a residentes de Florencio Varela, aunque la tendencia ha ido disminuyendo, ya que si bien en el año 2011 el 78,4% eran residentes de esta localidad, en el año 2012 este porcentaje se redujo al 60%, alcanzando un 49,2% en 2015. Como sea, todos los estudiantes son habitantes de localidades del sur del Conurbano Bonaerense. El hecho de que gradualmente se incorporen residentes de otras localidades, tal vez más alejadas de Florencio Varela da cuenta de cómo la universidad ha ido ampliando en su alcance territorial.

Otros dos datos demográficos confirmaron también cierta expectativa sobre el perfil de los ingresantes en relación al género y la edad. La matrícula ha mostrado desde la primera cohorte una tendencia a la feminización: en 2011 las mujeres representaron el 54%; en la última inscripción para el ingreso en 2018 ese porcentaje ha llegado al 66%. El dato se ajusta en gran medida a la media nacional, en relación a la participación femenina en los estudios universitarios. Las estudiantes se concentran en altísima proporción en el Instituto de Ciencias de la Salud y los varones en el Instituto de Ingeniería y Agronomía.



Fuente: Área de Estadística CPE

Por otro lado, el promedio de edad de los ingresantes era, en la cohorte de 2011, de 27 años. El dato sorprendía, básicamente, porque demostraba la demanda pendiente que existía: en una especulación un tanto lineal, podría suponerse que esos ingresantes de 27 años, fueron los que terminaron su secundario en 2001, año de una de las mayores crisis sociales, económicas y políticas de la historia reciente argentina. La progresiva recuperación del país, en los años siguientes, significó también para ellos la recuperación, o mejor dicho, la creación de la posibilidad de entrar a la universidad. Ese promedio de edad ha tendido a bajar a lo largo de los años, probablemente porque esa demanda de los ingresantes más grandes

ha ido sido satisfecha, o porque la consolidación de la universidad comienza a convocar también a los más jóvenes graduados de la enseñanza media. Por otro lado, los promedios de edad cambian significativamente según cada carrera: en las ingenierías la edad tiende a ser menor; en enfermería tiende a ser mayor.

También, las primeras cohortes confirmaron el perfil que suponíamos en relación a los estudios familiares del ingresante. Se ha mantenido sin variaciones importantes el hecho de que nuestros estudiantes son primera generación de universitarios en el grupo familiar (considerando a la madre con hasta secundario completo), aunque la tendencia es a la baja. En este sentido, es importante destacar el porcentaje de estudiantes regulares cuya madre solo ha concluido los estudios primarios como un dato asociado a perfiles que requieren apoyo.

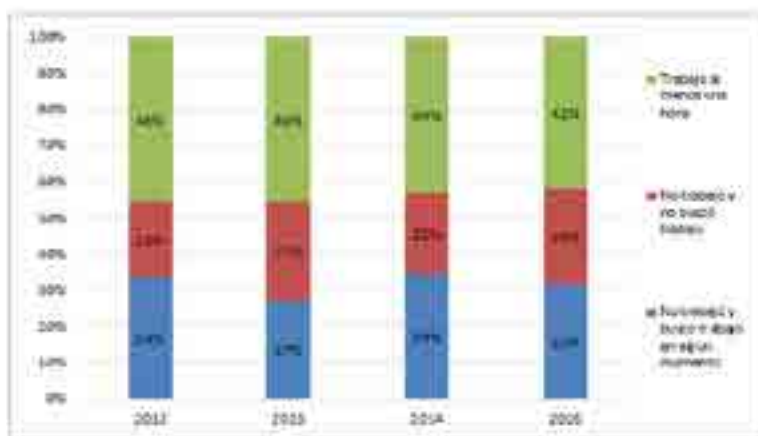
Composición de inscriptos UNAJ por máximo nivel educativo alcanzado por la madre, según año académico

	2010	2011	2012	2013	2014	2015	2016	2017	2018
Primaria o menor nivel educativo	21%	20%	19%	18%	17%	16%	15%	14%	13%
Secundario incompleto	30%	29%	28%	27%	26%	25%	24%	23%	22%
Secundario completo	17%	17%	17%	17%	17%	17%	17%	17%	17%
Universitario	13%	13%	13%	13%	13%	13%	13%	13%	13%
Postgrado o nivel superior de estudios	1%	1%	1%	1%	1%	1%	1%	1%	1%
Precedo o no concluyó los estudios	3%	3%	3%	3%	3%	3%	3%	3%	3%

Fuente: Área estadística del CPE

Con respecto a la situación laboral de los estudiantes, los datos muestran que una marcada participación en el mundo del trabajo, aunque con una leve tendencia a la baja en los últimos años. Probablemente eso vaya de la mano con la leve baja en la edad de los ingresantes.

Condición laboral de los estudiantes regulares.



Fuente: Área de Estadística del CPE.

Retomando entonces estas variables generales, los estudiantes que llegaron a la UNAJ eran en su gran mayoría vecinos de Florencio Varela y de localidades cercanas, eran en su inmensa mayoría primera generación de universitarios en su familia, habían más mujeres que varones, y tenían unos 27 años de promedio de edad al ingresar. Esas características se han mantenido más o menos estables con leves variaciones.

Por detrás de esos datos, y a partir de diversos estudios cualitativos encarados desde la Universidad y por algunos otros especialistas (Colabella; Vargas, 2013) han comenzado a surgir otras características que interesa notar. La cercanía de la universidad era un dato clave para la decisión de comenzar los estudios universitarios: muchas de las entrevistas realizadas en el marco de esas investigaciones, indicaban que, en efecto, el viajar a la UNLP o a la UBA se volvía un escollo imposible de superar. No obstante, esos mismos estudiantes indicaban que habían desconfiado, al menos en el primer momento, del perfil político con el cual se presentaba la universidad: muy cercana al gobierno de la entonces presidenta Cristina Fernández de Kirchner y proponiendo un nombre con la resonancia que tiene el nombre de Jauretche. Sobre eso hubo que trabajar, precisamente, para demostrar que el proyecto de la UNAJ no era ni oportunista ni improvisado.

Sobre la condición de primera generación de universitarios, otro dato interesante surge del análisis: de alguna manera, muchos de estos estudiantes son 'primera generación' en sus familias, pero no son los únicos. Algunos estudios realizados dan cuenta de que la universidad ha recibido a varias generaciones de la misma familia: hijos, hermanos, primos, madres y padres, cada uno con su edad y su trayectoria, pero compartiendo las mismas aulas y experiencias.

Por otro lado, las entrevistas también mostraron que la decisión por la carrera no estaba motivada solamente por el análisis de la salida laboral: si bien ese fue un dato tomando en cuenta por la propia universidad al decidir qué carreras ofrecer, lo cierto es que muchos de los estudiantes entrevistados dieron cuenta de otras ponderaciones que remitían tanto a experiencias personales con tal o cual profesión o a expectativas de su propia familia. Esto también motivó muchos cambios de carrera, precisamente a medida que cada uno iba reconociendo la diferencia entre lo que se planteaba en los cursos, sus expectativas y las expectativas de esos otros que habían incidido en su primera decisión.

También, ha llamado la atención el grado de movilización que ha significado para muchas familias que uno de sus integrantes haya iniciado la experiencia de la Universidad. Considerando el promedio de edad y la predominancia de mujeres, las cuestiones de los arreglos (o desarreglos) domésticos han quedado evidenciados. Muchas de estas mujeres, estudiantes, han debido reordenar tiempos de trabajo, de cuidado de sus hijos y de responsabilidades domésticas para avanzar con sus carreras, lo cual no se ha realizado sin costo para ellas. Por otro lado, esas movilizaciones han tocado también otros lazos, barriales y de parentesco, a favor de quien ha decidido optar por los estudios universitarios. De alguna manera, esto también ratifica la idea de que la experiencia universitaria nunca es individual o solitaria.

Pero también el ingreso a la universidad, en algunos casos ha significado para algunos estudiantes una marca de distinción en un sentido de diferencia: es decir, la participación en la universidad otorga a ese estudiante un bagaje de conocimientos que sin duda lo posiciona de otra manera en sus relaciones cotidianas. Resignificar de manera positiva esa diferencia para que no se convierta en distancia con su entorno de origen es un gran desafío para la universidad.

Los docentes, no-docentes y la infraestructura

El crecimiento constante de los inscritos ha marcado muchos de los modos de desarrollo de la universidad. Por un lado, exigió inmediatamente la necesidad de incorporar más docentes y por tanto la necesidad de iniciar con cada nueva incorporación un proceso de formación de esos docentes.

Año	Cantidad de docentes
2011	146
2012	454
2013	622
2014	847
2015	1144

Fuente: Dirección de Recursos Humanos. Según datos de SIU Mapuche.

Tal como se había diseñado en el proyecto inicial, la idea era que los docentes desarrollaran su tarea con algunas particulares: por ejemplo, que además de su labor frente al curso asumieran un rol también de tutores con sus estudiantes, para estar atentos a cuestiones puntuales que surgieran, o para poder seguir con detalle los casos de abandono, de dificultades con el estudio, etc. A su vez, que pudieran desplegar actividades de investigación y de vinculación además del dictado de clases. Y que, de alguna manera, inscribieran todo su trabajo en el proyecto general de la universidad, lo cual implicaba conocerlo, apropiarse de él.

Se reconocía que los docentes que se incorporaban venían con trayectorias previas, con otras experiencias en las cuales no necesariamente esas características de la docencia estaban desarrolladas. Por tanto, resultaba interesante que, además de poner en marcha procesos de ‘afiliación’ para nuestros estudiantes – de los cuales daremos cuenta más abajo – también hubo que plantearse cómo significar la tarea docente a partir de las características particulares del proyecto de la universidad.

Por otro lado, la cuestión de los docentes se volvió clave en tanto la mirada de la universidad reconoce que ellos, los docentes, son un actor clave: más allá de las características o condiciones de los estudiantes, asumimos que es la formación de los docentes y lo que ellos puedan desarrollar en el aula uno de los aspectos más sensibles que hace a una buena educación universitaria.

A lo largo de estos años, y en función de esa visión, se ha estructurado un Plan de Formación Docente para todos los docentes de la Universidad, el cual ofrece diversos cursos y seminarios, algunos con temáticas generales sobre la universidad y la educación superior, otros con perspectivas pedagógicas generales y disciplinares y otros sobre temáticas específicas, de interés de los propios docentes. Otro dato a destacar en relación a la política institucional que la UNAJ lleva adelante con sus docentes es el ritmo constante de organización y realización de los concursos para regularizar los cargos. En efecto, desde 2011 y en todos los años siguientes la Universidad abrió llamados a concurso público y de oposición, tanto para asegurar las condiciones de trabajo de los docentes como para asegurar las calificaciones de quienes son los encargados principales de la formación de los estudiantes. Para fines de 2017, cerca del 40% de los docentes tiene su cargo regularizado.

Por otro lado, el aumento constante de la cantidad de estudiantes y por ende de docentes requirió también un crecimiento y un desarrollo de las áreas de gestión, de la administración y de la infraestructura en general. Es decir, hubo que incorporar y formar también más no-docentes, pero también hubo que desarrollar y consolidar los procesos y mecanismos administrativos que den respaldo a la misma de la universidad. Poco a poco, y no sin dificultades, las áreas de gestión han ido consolidando para dar respuesta a una multiplicación de trámites y procesos imprescindibles que hacen a la vida cotidiana de la institución.

Junto con eso, las cuestiones de la infraestructura se han vuelto, sin dudas, un tema clave. Como se dijo, la universidad contaba con un edificio histórico, aquel

que había sido la sede de los laboratorios de investigación de YPF. Convertirlo en una sede universitaria, respetando cuestiones patrimoniales y con presupuestos reducidos, no ha sido una tarea sencilla y ha requerido una inversión y un cuidado constante. El mayor problema ha radicado, precisamente, en que la presión sobre la necesidad de aulas y espacios para el desarrollo de la vida universitaria siempre ha sido más intenso que el ritmo de recuperación y puesta en funcionamiento del edificio.

Los inicios, como perspectiva para la inclusión

Una preocupación que se mantiene constante en la universidad y que se actualiza con cada nueva cohorte, es como fortalecer las trayectorias académicas iniciales de los estudiantes, considerando que en ellas se juega una parte importante de la inclusión que se propone la universidad.

En el diseño institucional de la UNAJ, esto estaba previsto en el diseño del Ciclo Inicial: un ciclo de formación común y obligatorio para todos los ingresantes, en el cual se ofrecían materias con contenido disciplinar básico pero diseñadas de tal manera de poder trabajar también prácticas, herramientas, valores indispensables para afrontar la trayectoria universitaria y apostar, en conjunto, al desarrollo de miradas y pensamientos críticos independientemente de la carrera que hubieran elegido. En este sentido, se apostaba por una formación académica pero también por la construcción de una subjetividad particular para nuestros estudiantes.

El Ciclo Inicial estaba configurado por cuatro materias: Matemática, Taller de Lectura y Escritura, Prácticas Culturales y Problemas de Historia Argentina. En las dos primeras la cuestión disciplinar era clara y se buscaba entre otras cosas actualizar conocimientos previos que permitieran, a futuro, un mejor desempeño; en las dos segundas la mayor apuesta era lograr una reflexión crítica sobre el pasado que diera herramientas de análisis para el presente y sobre nuestro propio mundo cultural. Eran materias cuatrimestrales, que se podían cursar en paralelo con otras materias específicas de las carreras. Si bien el Ciclo Inicial era una unidad en sí, los estudiantes ya eran estudiantes de la carrera que hubieran elegido.

La experiencia del primer año confirmó la hipótesis acerca del lugar central que tenía el ingreso como proceso de incorporación a la vida universitaria: los ingresantes llegaban con ciertas dificultades en cuanto a su formación general pero, más decisivo aún de cara a la experiencia que estaban iniciando, con mucho desconocimiento sobre lo que significaba participar como estudiante de una universidad.

De la primera inscripción y del funcionamiento del primer año surgía el dato mencionado: más de un 90% de los ingresantes era primera generación de universitarios. Esto quería decir, básicamente, que no contaban con experiencias familiares cercanas que los guiaran, los contuvieran o simplemente les contaran cómo se participa de los estudios universitarios. Esto obligaba entonces a transparentar la propia institución, a generar instancias en las que se pudiera mostrar de

qué se trataba una universidad y de ofrecer a los aspirantes las herramientas para transitarla y para aprehenderla, para así convertirse en estudiantes universitarios.

La cuestión debía ser enfocada desde distintos ángulos y con distintas herramientas. Además de diversos reacomodamientos institucionales, académicos y edilicios, a mediados de 2012 se decidió la creación del Instituto de Estudios Iniciales, para tener a cargo el Curso de Preparación Universitaria y las materias del Ciclo Inicial. Esa es la estructura hoy vigente también para atender la cuestión de los inicios en la Universidad.

El Curso de Preparación Universitaria (CPU) se había realizado por primera vez a comienzos de 2012 y como primera respuesta a la experiencia realizada con la primera cohorte. Al año siguiente, ya inscrito en la estructura del IEI, se reformuló ampliando la cantidad de semanas y algunos de los temas de las materias. El CPU pasó a contar con tres materias: Matemática, Lengua y Taller de Vida Universitaria. El Curso no es eliminatorio, pero sí de asistencia obligatoria; se desarrolla durante 7 semanas, en los meses de febrero y marzo, previo al inicio del ciclo lectivo. Una vez concluido el CPU, los estudiantes ingresan a sus correspondientes carreras y cursan, además de materias específicas, las materias del Ciclo Inicial mencionadas anteriormente. Los estudiantes que no hubieran aprobado alguna de las materias del CPU deben cursar durante el primer cuatrimestre un taller complementario de la materia que no hayan aprobado, y deben cumplir ese requisito antes de sumarse a las materias del Ciclo Inicial. El argumento para esta restricción es sencillo: deben ‘aprender’ lo previsto en el CPU antes de avanzar con otros conocimientos y otras prácticas. Si lo primero está asegurado, lo segundo tiene más chances de resultar óptimo. El CPU y el Ciclo Inicial funcionan de manera articulada y uno es relevo del otro, tanto desde el punto de vista de los contenidos como de los sentidos desde los cuales se trabaja. Ambos están a cargo de los mismos docentes y fueron diseñados por los mismos coordinadores.

La creación del Instituto de Estudios Iniciales es una apuesta institucional importante: es otorgarle rango de ‘instituto’ a un área que no es disciplinar, que no tiene estudiantes ‘propios’ porque de hecho no tiene carreras a cargo y que, por ende, no contará con egresados. Su identidad remite a una instancia del proceso de formación de los estudiantes: los inicios, y eso se ha convertido en una marca identitaria, también para la UNAJ.

El Área de Bienestar Estudiantil

Por cierto que la perspectiva de la inclusión es compartida por todos los Institutos y también por otras áreas de gestión, como el área de Bienestar Estudiantil, dependiente del Departamento de Alumnos. En estos años ha desarrollado y promovido diversos programas de becas de ayuda económica para los estudiantes, algunos encuadrados en Programas Nacionales y otros financiados con recursos propios. También el área de Tutorías ha venido creciendo y consolidándose, en la medida en que todos los estudiantes van reconociendo la

importancia de contar, en algunos casos, con algún tipo de acompañamiento particular. En esa misma línea, se ha promovido la creación de un Programa de Tutores Pares, que convoca a estudiantes avanzados a acompañar a los ingresantes en sus primeros pasos por la Universidad.

También desde el área de Bienestar Estudiantil se han ido organizando espacios de apoyo y talleres de estudio para casi todas las materias de la UNAJ, de manera totalmente gratuita y a cargo de los propios profesores de la universidad. Esto está siendo bien valorado por muchos estudiantes, que encuentran en estas instancias la posibilidad de reforzar los conocimientos que se desarrollan en los cursos regulares.

Algunos datos muestran la siguiente relación entre el ingreso y la permanencia.

Estudiantes regulares	Retención acumulada según cohorte y año histórico				
	Cohorte 2011	2012	2013	2014	2015
2011	100%	-	-	-	-
2012	75%	100%	-	-	-
2013	63%	67%	100%	-	
2014	56%	54%	61%	100%	0
2015	49%	48%	51%	65%	100%

Fuente: Área de Estadística del Dpto de Gestión y Planificación Académica del CPE.

La cohorte 2011, que ha recorrido un mayor trayecto y por tanto puede evaluarse más cabalmente, muestra un desgranamiento del 51% al año 2015. La tasa de pase de primero a segundo año, considerada crítica por la bibliografía especializada, ha ido descendiendo entre las cohortes 2011 y la 2013, y muestra una importante mejoría para la cohorte 2014. Si bien estos números son bastante similares a los de las estadísticas nacionales, permiten valorar positivamente, aunque aún con mucho para hacer, las estrategias desplegadas por la UNAJ en pos de la retención y por tanto de la inclusión.

Nuevas carreras y cambios en los planes de estudio

La universidad se inició con 11 carreras; hoy en día su oferta de carreras asciende a más de 20, incluyendo algunas de posgrado. La decisión de qué carreras nuevas incorporar fue resultado, también, de demandas de la propia región, de diagnósticos sobre vacancias profesionales en el proyecto nacional, y de apuestas que implicaron la creación de carreras totalmente nuevas.

Así, ya para 2012 y en los años siguientes, el Instituto de Ciencias de Salud desplegó nuevas ofertas de carreras, como Licenciatura en Kinesiología y

Licenciatura en Organización y Gestión de Quirófanos. Y propuso la creación de una Tecnicatura en Emergencia Sanitarias y Desastres, una carrera única en el país con titulación universitaria. Tiempo después, se creó la carrera de Medicina. Si consideramos la respuesta de los aspirantes, por cierto que la decisión de crear estas carreras fue por demás acertada, porque todas ellas se han convertido –junto con enfermería– en las más solicitadas por todos los inscritos.

Por su parte, el Instituto de Ingeniería y Agronomía, luego de un acuerdo con YPF y al compás del proceso de nacionalización de dicha empresa, abrió la carrera de Ingeniería en Petróleo y luego una Ingeniería en Transporte. El Instituto de Ciencias Sociales y Administración, avanzó luego con la creación de la carrera de Licenciatura en Trabajo Social y Licenciatura en Economía.

Esta diversificación de la oferta ha permitido, en algún sentido, mantener el interés de toda la región por la universidad, ratificado en el aumento constante de la matrícula al que hacíamos mención antes. Por otro lado, también ha permitido enriquecer todo el trabajo de la universidad, al convocar a nuevos docentes, con nuevos perfiles y otras trayectorias disciplinares.

Por otro lado, la experiencia de los primeros años fue sedimentando y estimuló una revisión de algunos de los planes de estudio. De alguna manera, esto daba cuenta de una importante vitalidad y capacidad de autocrítica por parte de la propia institución para revisar su práctica y redefinirla a partir de la experiencia que se iba desarrollando. Esto también permitió la pronta acreditación de varias de las carreras ofertadas comprendidas en el artículo 43 de la Ley Superior de Educación³.

La investigación y la vinculación

En materia de investigación, la universidad ha previsto tanto en su Proyecto Institucional como en su Estatuto, que las actividades científicas y tecnológicas forman parte de sus fines y de sus funciones. Estas actividades comprenden la generación y la sistematización de conocimientos en los campos de la investigación básica, aplicada y de desarrollo experimental y aplicación tecnológica, priorizando las necesidades y problemáticas locales. Por otra parte, estas actividades se plantean como indisociables de la tarea docente.

Estos propósitos relacionados con la investigación dieron lugar a que, a solo un año de haber iniciado su funcionamiento, la UNAJ realizara la primera convocatoria para la presentación de proyectos de investigación científica. De allí en adelante, y condicionado en gran parte por la disponibilidad de recursos y la limitación de la infraestructura, la investigación sigue un ritmo de desarrollo pausado pero consistente. Está en curso, durante el año 2017, la tercera convocatoria para los proyectos de investigación y la respuesta ha sido positiva:

³ Según la Ley de Educación Superior, algunas carreras indicadas en ese artículo de la Ley, son de acreditación obligatoria por la CONEAU para poder ofertarse.

Evolución de la cantidad de presentaciones de proyectos y docentes en investigación (2012-2017)



Fuente: Datos procesados por la Unidad de Gestión de la Investigación de CPE.

Por otra parte y en paralelo al desarrollo de las convocatorias, la UNAJ ha firmado acuerdos con la Comisión Nacional de Investigación Científica y Tecnológica (CONICET) y con el Hospital El Cruce para crear una Unidad Ejecutora de Triple Dependencia vinculada al estudio de las neurociencias y sistemas complejos. También se ha promovido, en el marco de cada instituto, la creación de Programas de Investigación y Observatorios que puedan albergar a los distintos proyectos e iniciativas diversas de los docentes.

En lo que respecta a la vinculación, el punto de partida fue superar el concepto de 'extensión universitaria' por un esquema de compromiso más activo con las problemáticas sociales, económicas o políticas del ámbito territorial. Esta postura, definida ya en el Proyecto Institucional, obligó a repensar la interacción con lo educativo y con lo cultural, así como el desarrollo de la comunicación a partir de los avances tecnológicos en el área audiovisual, ampliando y democratizando de este modo la información y el acceso al conocimiento. Este propósito de vinculación con el territorio y con la comunidad de los partidos de Florencio Varela, Berazategui, Quilmes y Almirante Brown dio lugar a una intensa actividad cultural y de transferencia tecnológica, que relacionó a la UNAJ con un amplio conjunto de instituciones sociales, ONG, empresas públicas y privadas. Visto en conjunto, estos vínculos tejidos con la comunidad también dan cuenta del importante rol social y político de la UNAJ.

La UNAJ, de cara al futuro

El camino recorrido hasta aquí ha sido corto, si se compara con la trayectoria de las universidades tradicionales del país: la UNAJ es y probablemente siga siendo por un tiempo más, una universidad joven y en construcción. Pero, ¿qué significa esa juventud? ¿Es eso positivo?

A priori, esa juventud probablemente sea la que le permita plantearse más cambios y nuevos desafíos. Frente a otras instituciones más consolidadas, en la UNAJ aún pervive cierto aire fundacional que estimula la puesta en marcha, constantemente, de nuevos proyectos. Es entonces desde su juventud, que la UNAJ sigue abierta a revisarse para seguir creciendo, para consolidar aquellos aspectos que se muestran como positivos y buscar nuevas estrategias para las cuestiones que aún resta mejorar.

En primer lugar, necesitamos mejorar las tasas de retención y de graduación. Si bien hasta ahora estas se han mantenido dentro de la media nacional, para la UNAJ es fundamental mejorar las estrategias en funcionamiento e incorporar aquellas otras que aseguren esos objetivos. No obstante, y también como parte de ese proceso de transparentar a la propia universidad, nos interesa que esos números no sean solo estadísticas sino que sean el revés de otros dos objetivos: que los estudiantes sepan mucho más cuando terminen sus carreras que cuando la empezaron y que esa formación esté acompañada de un profundo compromiso social con su comunidad. Así como hemos logrado importantes avances en términos de la incorporación de estudiantes, es momento de asegurar su graduación con esas características.

En segundo lugar, es necesario promover de manera más insistente la formación de una comunidad universitaria vinculada a la investigación. La UNAJ ofrece muchas carreras profesionalizantes y eso puede convertirse en una debilidad de cara a la formación de científicos y a la producción de conocimientos, ambos objetivos claramente expresados en el Proyecto Institucional y ratificados en diversos documentos posteriores. Probablemente se requiera más tiempo para que esa comunidad emerja y se consolide, pero es necesario redoblar ahora los esfuerzos para que las actividades de investigación sean vivenciadas, tanto por parte de los docentes como por los estudiantes, como parte del quehacer cotidiano y fundante de la universidad.

La infraestructura es otro punto a atender, tanto en lo que hace al mejoramiento de las aulas y espacios comunes como de otros específicos y centrales, como la biblioteca o los laboratorios. Una universidad también se vive en sus instalaciones y en muchos casos es la infraestructura la que condiciona no solo la permanencia de los estudiantes sino, y fundamentalmente, la calidad de la educación que se ofrece.

Otro desafío clave será, en los próximos años, la incorporación de nuevas tecnologías, tanto para mejorar las prácticas de enseñanza y aprendizaje como para fortalecer el perfil de nuestros estudiantes y futuros graduados en un mundo en el que lo virtual es un campo clave para la formación y la comunicación.

Cruzando todos los temas planteados, queda pendiente saber cómo la UNAJ reformulará el diálogo con la región y con el nuevo proyecto nacional. El cambio de gobierno ocurrido a fines de 2015 ha implicado un profundo redireccionamiento en los lineamientos políticos en relación a las universidades. Por un lado, hay restricciones presupuestarias claras en un contexto donde los vaivenes de la economía siguen marcados por procesos inflacionarios y donde las paritarias salariales de los docentes parecen quedar siempre por detrás de la inflación. Por otro lado, el nuevo gobierno ha puesto en discusión nuevamente el rol de la universidades pero esta vez para cuestionar su eficiencia en términos de la graduación, por ejemplo; en el mismo sentido, pone en cuestión la importancia del desarrollo científico en relación con un nuevo modelo económico que abandona sus apuestas de industrialización y parece volcarse, una vez más, a los servicios y el comercio.

Ambas discusiones, la presupuestaria y la política, son centrales de cara al futuro de la UNAJ, básicamente porque tocan esos principios de calidad, inclusión y pertinencia que fueron rectores del Proyecto Inicial.

En el contexto de achicamiento de la producción de la industria nacional, con una economía que, con el argumento liberal, se abre al mercado internacional, y en donde en los últimos dos años se han cerrado cientos de fábricas, ¿sigue siendo pertinente que una universidad forme ingenieros? En la misma línea de razonamiento, cabe la pregunta por el desarrollo científico y tecnológico que se desarrolla en las universidades: ¿cuánto de valor agregado será necesario desarrollar en una economía que abandona el proteccionismo, se apoya en el sistema financiero y alienta el tradicional modelo agroexportador?

Por otro lado, en tanto y en cuanto la valoración del rol de las universidades recaiga sobre su 'eficiencia' para graduar estudiantes, las políticas de inclusión van a ocupar un segundo lugar y la calidad, entendida como proceso, quedará también cuestionada. Es indiscutible la necesidad del sistema de educación superior de mejorar sus tasas de graduación, pero no deberíamos perder de vista que para tener más graduados necesitamos tener muchos ingresantes. Esa relación entre quienes llegan a la universidad y quienes terminan debe tender a equilibrarse pero eso no debería ocurrir recortando la base. El núcleo de la cuestión sigue estando en lo que ocurre en el período que va desde el momento en que los aspirantes se inscriben y el momento en que concluyen sus cursos, en sus años de formación: la pirámide debe engrosarse en la punta pero partiendo siempre de una base amplia.

Pero para acompañar las trayectorias de los aspirantes durante toda su formación se necesitan, básicamente, recursos. Y ahí es donde aparece otro de los temas sensibles, ¿es posible plantear una autonomía de las universidades en un sistema en el cual el financiamiento total proviene del estado, que en este contexto está proponiendo lineamientos distintos a los que venía desarrollando al menos la UNAJ?

Por eso la actual coyuntura se vuelve clave para una universidad como la Jauretche, con cierta juventud en comparación con otras instituciones del

sistema, pero con una clara identidad. La UNAJ ya posee muchas características y condiciones que la definen y permiten identificarla de manera particular en el sistema de educación superior. De aquí en adelante, el desafío será avanzar, desde ese perfil, con las discusiones planteadas, desarrollando densidad institucional y prestigio académico.

Referencias

- Colabella, L., Varga, P. (2013). *La jauretche: Una universidad popular en la trama del sur del Gran Buenos Aires*. Recuperado de <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/becas/20131218044805/1234.pdf>
- Datos estadísticos producidos por Centro de Política Educativa.
Informe estadístico Secretaría de Política Universitaria, 2015
- Juretche, A. (1973). *Los profetas del odio y la yapa. La colonización pedagógica.*, Buenos Aires: A Peña Lillo Editor.
- Salas, E. (2015). *Arturo Jauretche, sobre su vida y su obra*. Florencia Varela: Ed. UNAJ.
- UNAJ. (2017). *-Informe de evaluación externa de la Comisión Nacional de Evaluación y Acreditación Universitaria*. Recuperado de <https://www.unaj.edu.ar/wp-content/uploads/2017/09/UNAJ-informe-final-1.pdf>
- UNAJ. (2018) *Proyecto Institucional de la UNAJ*. UNAJ. Recuperado de <https://www.unaj.edu.ar/institucional/la-universidad/propuesta/>
- Universidad Nacional Arturo Jauretche. (2016) *Primera Autoevaluación Institucional 2010-2015*. Florencia Varela: UNAJ.